

## Cuatro cuentos populares

en versión de Graciela Pérez Aguilar

### **El campesino hambriento**

Cierta vez en el antiguo Japón, un campesino no tenía con qué alimentar a su familia. Desesperado, recordó la costumbre que prometía una fuerte recompensa al que fuera capaz de desafiar y vencer al maestro de una escuela de sable. Aunque no había tocado un arma en su vida, el campesino desafió al maestro más famoso de la región.

El día fijado para el duelo, delante de un público numeroso, se enfrentaron los dos hombres. El campesino sin mostrarse nada impresionado por la fama de su adversario, lo esperaba a pie firme. El maestro de sable se mostró un poco preocupado por tanta determinación: “¿Quién será este hombre que parece tan tranquilo?”, pensó. “Jamás un simple campesino hubiera tenido el valor de desafiarme. ¿Será un enviado de mis enemigos?”.

El campesino, empujado por el hambre, se adelantó resueltamente sobre su rival y levantó su espada sobre su cabeza. El maestro dudó, desconcertado por ese gesto que dejaba totalmente al descubierto el pecho de su adversario y pensó: “Es tan bueno en el arte del combate que ni siquiera necesita defenderse”. Entonces retrocedió movido por el miedo. Antes de que comenzara siquiera el asalto, sintió que sería derrotado bajo la espada y dijo: —Me has vencido, entre todas las escuelas de lucha la mía es la más renombrada. Es conocida con el nombre de: “Escuela que en un solo gesto lleva diez mil golpes”. Puedo preguntarte, respetuosamente, ¿cuál es el nombre de tu escuela? —La escuela del hambre — contestó el campesino.



### **El lugar de cada uno**

Cierta vez le preguntaron a un hombre sabio: —Se dice, que en el mundo, cada cosa tiene su lugar. Y el hombre también tiene su lugar. Entonces ¿por qué la gente vive tan apretada? Y el sabio respondió: —Porque cada uno quiere ocupar el lugar del otro.

### **Come tú mismo la fruta**

En cierta ocasión se quejaba un discípulo a su maestro: —Siempre nos cuentas historias pero nunca no nos revelas su significado. Y el maestro le contestó: —¿Te gustaría que alguien te ofreciera fruta y la masticara antes de dártela?

### **El amante y la amada**

El amante llamó a la puerta de su amada.

—¿Quién es? —preguntó la amada desde adentro.

—Soy yo —dijo el amante.

—Entonces márchate. En esta casa no cabemos tú y yo.

El rechazado amante se fue al desierto, donde estuvo meditando durante meses, pensando en las palabras de su amada. Por fin, regresó y volvió a llamar a la puerta.

—¿Quién es?

—Soy tú.

Y la puerta se abrió inmediatamente.

Fin

LA AUTORA



**Graciela Pérez Aguilar**

(1947-2017) nació en Argentina. Ejerció como escritora, editora y recopiladora de cuentos y leyendas de diversas culturas. Publicó entre otras una novela de éxito importante en el área de la ciencia-ficción, dirigida al público juvenil: *El constructor de sueños*. Entre sus publicaciones dedicadas a promover la lectura están: *Lectura y escritura: la búsqueda del sentido*, *La literatura infantil como juego*, *Los talleres de escritura y la creatividad*, *¿El cuento como enseñanza?* Egresada de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires fue coordinadora de base en la Campaña Educativa del Adulto organizada por la Dirección Nacional de Educación del Adultos.



# La bata roja

Enrique Medina

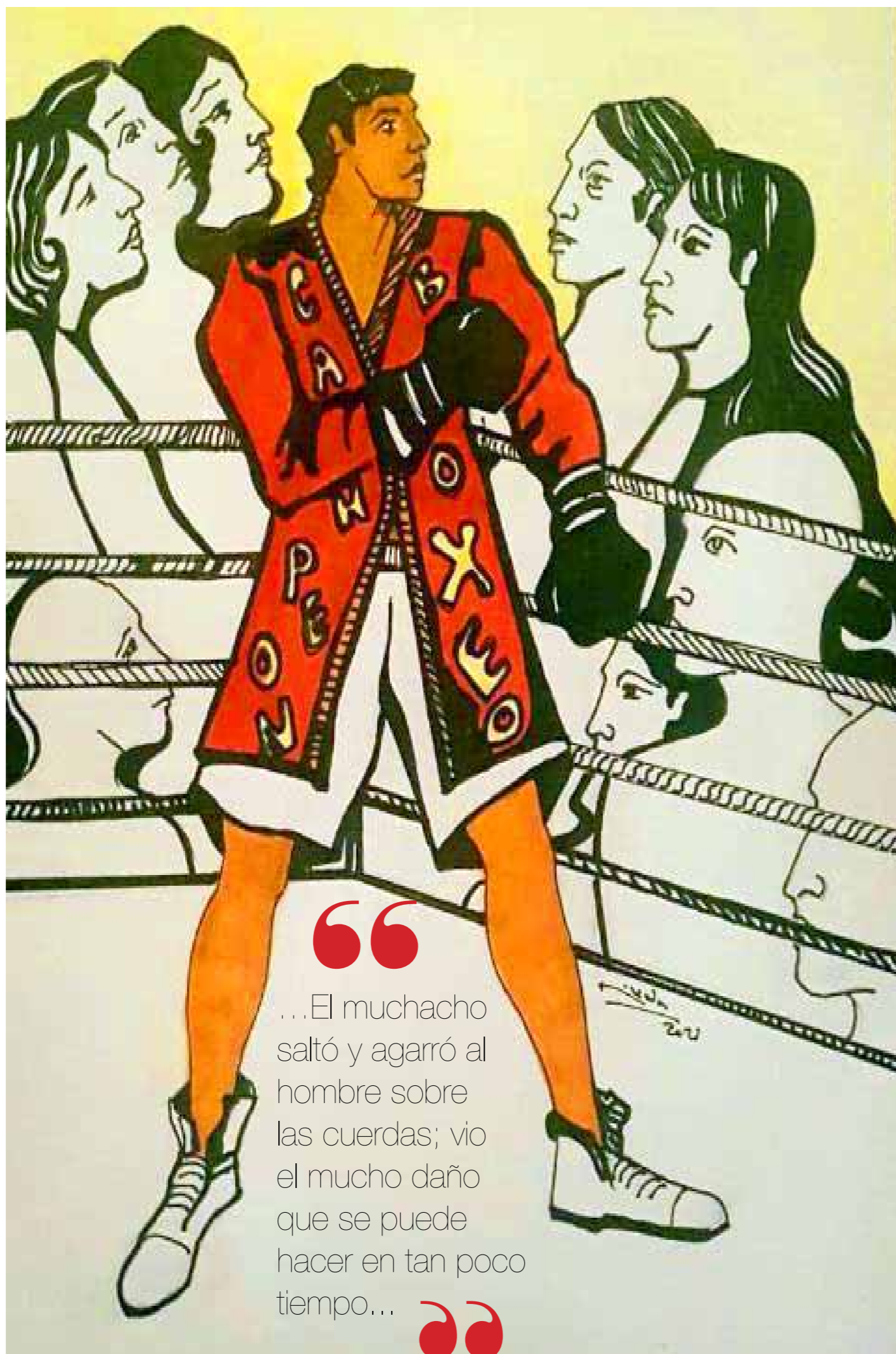
La imagen de un hombre encorvado, metido el cuello en el pecho, los ojos mirando un pasado que arremetía en el presente, era el fantasma de aquel muchacho elementalmente ambicioso. El fantasma patético de un hombre que nunca había logrado una pelea de fondo. Y es mucho decir. En realidad no había llegado ni a semifondista. Apenas esas preliminares disimuladas por los gritos de los vendedores de gaseosas y café. Sí, peleas en serio, a muerte, con la trompada loca, buscando el triunfo que permita el cambio, a una pensión más decente, a un futuro mejor...



Una vez lo había acompañado. Al interior. Una provincia cualquiera. Los rings son iguales en todos lados. Ese hombre encorvado era más joven. La cabeza erguida y las ilusiones intactas. Hablaba poco.



A último momento supo que viajaría solo. Sin contar al muchacho. El entrenador sufría dolores, gripe o fiebre...lo que sea. Esas cosas que siempre separan. En la estación compró un paquete de cigarrillos. Hacía un tiempo que había dejado de fumar. Sabía lo importante que es para un boxeador tener los pulmones limpios. Pero ahí estaban fumando muy profundamente, junto al muchacho silencioso que miraba por dónde tenía que venir el tren. Viajaron con poca gente. Pudieron sentarse frente a frente, los dos acodados a las ventanillas. Siempre se busca la ventanilla. En un bar, en el colectivo, en el tren...Como si uno quisiera evadirse, salir de un pozo largo, mirar afuera, a otros, algo que distraiga. Se pueden ver casas, edificios, terrazas con piletas para nadar, terrazas cruzadas con alambres cargados de ropa a secar, picetas de madera despintada por la impiedad de la lluvia. Se puede uno hamacar con el traqueteo del tren, con la sensualidad de la música golpeante. Aparecen campos, postes telefónicos. Pájaros en los cables pesados, cielos inmensos y animales, vacas echadas, caballos inclinando poderosos cuellos... Sueños. El hombre fuma y mira por la ventanilla. El muchacho sostiene su cara pegado al vidrio. El aliento empaña el paisaje. Anochece. Desaparece el exterior. En la ventanilla se va acentuando la nitidez del retrato interno. Se puede ver, de rebote, hasta la otra ventanilla; al que está sentado en el otro asiento. Si es que hay alguien. El muchacho se ve a sí mismo sosteniendo su cara, en sombras y marrones, lo muy borroso está debajo de su



“...El muchacho saltó y agarró al hombre sobre las cuerdas; vio el mucho daño que se puede hacer en tan poco tiempo...”



ropa. También se ve montando un caballo corriendo a la par del tren, saltando alambrados y arroyos, imagina un galope suelto, amplio, con un brazo levantado, gritando para salvar a la muchacha de los bandidos. Al separarse de la ventanilla puede ver el retrato del hombre. Lo ve en el vidrio cabeceando a punto del sueño. Pasa el mozo vendiendo sándwiches y café. El hombre lo ignora. El muchacho sabe que no debe pedir; de la misma manera sabe que nadie puede impedirle soñar. Y vaga sobre el caballo en un galope furioso.

Durmieron.



El hombre despertó al muchacho. Nadie los esperaba. En un bar tomaron café con leche y medialunas. El dueño del bar les indicó la dirección del estadio. Un club deportivo bastante humilde. Paredes, tribuna y un espacio para jugar al básquet, al baby-fútbol, al vóley o para reuniones boxísticas...el afiche de entrada había sido decepcionante. Estaban terminando de armar el ring. Se presentó al organizador. Hablaron. El muchacho vio que los hombres que armaban el ring no tenían ningún gesto de curiosidad por uno de los boxeadores que esa noche se iba a agarrar a trompadas con alguien a quien jamás había visto. El empresario los llevó a un pequeño camarín de paredes húmedas y sin puerta. No había donde recostarse, un banco largo apenas. El hombre y el muchacho salieron a conocer el lugar. No había mucho que ver. Buscaron un restorán barato y comieron. El hombre acariciaba su mano derecha. En el banco del camarín durmió una siesta para olvidar el litro de vino. El muchacho recorrió el estadio. Ya estaban terminando de colocar las sillas del ring-side. Subió a la tribuna. Se acostó en el tablón. El cielo estaba abierto. Por un instante rogó que lloviera...



El hombre ya estaba en pantaloncitos haciendo ejercicios de ablandamiento. Entró el muchacho con un sándwich y una gaseosa. —Llegó el chileno. —¿Cómo es? —Parece fuerte. Comió. Pensó en ir a saludarlo. En realidad, el otro tendría que ir a saludarlo. Joder... era el extranjero ¿no? Se estiró sobre el banco a esperar. Escuchaba

la entrada del público. ¿Alguno de ellos vendría con su nombre?... Solamente habían visto afiches alrededor del estadio y su nombre apenas si se leía, ni hablar de que estaba mal escrito; ya estaba acostumbrado a eso, hasta en Buenos Aires le ponían J en lugar de G...



Apareció un viejo mandado por el empresario: —Voy a ser tu segundo. Vamos. Vamos a poner las vendas. Avisaron y salió con la toalla sobre los hombros. El muchacho vio el cambio que se producía en el hombre. Levantaba la cabeza. Sonreía con toda la boca y los dos brazos en alto. El muchacho sabía que siempre en ese tramo desde el camarín hasta las cuerdas, pensaba en poder comprarse una bata, una bata roja que en grandes letras amarillas llevara bien escrito su nombre. También pensaba en el resto del equipo. Las botitas, que ya no daban más, medias, el suspensor y no el calzoncillo sucio que escondía debajo del pantaloncito verde, pero lo importante era la bata, sí, la bata.

Poco trabajo tuvo el segundo. Acompañarlo hasta el centro del ring para el saludo oficial y las pelotudas recomendaciones del juez. El chileno venía matando, eso lo supo después. Ni siquiera pudo aferrar. Los golpes caían como patadas de elefante. Había calculado mal el primer esquivo y el chileno lo aprovechó. Antes que el árbitro los separara y elevara el brazo del chileno hubo dos caídas. Si en la primera hubiese esperado hasta ocho...El muchacho saltó y agarró al hombre sobre las cuerdas; vio el mucho daño que se puede hacer en tan poco tiempo. El hombre protestó: no se podía parar la pelea faltando segundos para terminar el round; habían empezado tarde y querían ganar tiempo: estaba fresco y lo podía en cualquier lado, en Chile mismo la revancha...



La ducha estaba lejos, no sé bañó. Hicieron tiempo viendo el resto de las peleas. El cobro fue vergonzoso: restaron el pago del segundo y hasta las vendas, un montón de impuestos inesperados... El muchacho entendió que no solo tendría que seguir esperando la bata nueva sino sus propios pantalones. Les pagaron al final de todo, cuando únicamente quedaba el empresario y sus amigos. ¿De qué valía protestar? ¿A quién?...Fueron los últimos en salir por ese co-

redor poco iluminado. Súbitamente el hombre lanzó el bolso contra la pared. Varias veces el bolso y una vez su propia cabeza. Intentaba hundir el rostro en el cemento. El muchacho lo volvió a poner en camino. Le agarró la mano, muy fuerte. Terminaron de salir de ese túnel.



Sí, ese muchacho vivía con los recuerdos. Un hombre acabado antes de subir al ring. Un hombre que soñaba como Ray “Sugar” Robinson, pegado al estaño del bar ilusionando al muchacho, que creía y no dejaba de creer. Pero Robinson no era Dios. Confiado, en Inglaterra, un nombre que solo pasaría a la historia por haberlo derrotado, le dio la sorpresa de su vida. El hombre aferrado al vaso de vino explicaba que el desempate había sido una explosión del cielo. El muchacho admiraba un intento de modelo mezclado con un ídolo criollo: Mario Díaz. Pantera alegre que superaba a los potros soberbios con pequeños toques y cintura de seda. Un ídolo que justificara su entrega a un deporte de hombres desesperados. Díaz representaba el boxeo brillante con ritmo de mariposa y consistencia de cactus. Hubo otros nombres ilustres: Kid Gavilán con su bolo-punch, el largo golpe al hígado de Sandy Sadler, Lausser ya derrotado por Díaz. Hasta que vino la revancha... El muchacho, lejos ya del hombre, fue confiado a ver la pelea. Subió al ring junto con Díaz. Sería su propio triunfo. Díaz empezó bailando. Era el secreto, bailar para ponerlo nervioso. El zurdo largaría su bronca y chocaría contra las cuerdas. No fue así. Mario Díaz se puso nervioso. El muchacho se aferró a la reja divisoria, cuando Lausse, seguro, implacable, arrinconó a Díaz a su propio rincón. Cayó sentado. Lausse levantó el brazo ganador. Definitivamente, ese brazo en alto, había logrado aniquilar una ilusión y un fantasma. Más que eso: había conseguido mojar la cara del muchacho y alejar para siempre el sueño de una bata roja con letras amarillas.

Fin

De Los asesinos (1984)

EL AUTOR

**Enrique Medina** (Argentina 1937). Con una prolífica producción narrativa que incluye entre otros: *Las tumbas* (1972), *Solo ángeles* (1973), *Transparente* (1974), *Strip-tease* (1975), *Las muecas del miedo* (1981), *El escritor, el amor y la muerte* (1998), su obra estuvo prohibida durante la dictadura militar argentina. Este cuento forma parte de su libro *Los asesinos*, publicado por Milton Editores en 1984.





# Alta cocina

Amparo Dávila



**C**uando oigo la lluvia golpear en las ventanas vuelvo a escuchar sus gritos. Aquellos gritos que se me pegaban a la piel como si fueran ventosas. Subían de tono a medida que la olla se calentaba y el agua empezaba a hervir. También veo sus ojos, unas pequeñas cuentas negras que se les salían de las órbitas cuando se estaban cocinando.

Nacían en tiempo de lluvia, en las huertas. Escondidos entre las hojas, adheridos a los tallos, o entre la hierba húmeda. De allí los arrancaban para venderlos, y los vendían bien caros. A tres por cinco centavos regularmente y, cuando había muchos, a quince centavos la docena.

En mi casa se compraban dos pesos cada semana, por ser el platillo obligado de los domingos y, con más frecuencia, si había invitados a comer. Con este guiso mi familia agasajaba a las visitas distinguidas o a las muy apreciadas. “No se pueden comer mejor preparados en ningún otro sitio”, solía decir mi madre, llena de orgullo, cuando elogiaban el platillo.

Recuerdo la sombría cocina y la olla donde los cocinaban, preparada y curtida por un viejo cocinero francés; la cuchara de madera muy oscurecida por el uso y a la cocinera, gorda, despiadada, implacable ante el dolor. Aquellos gritos desgarradores no la conmovían, seguía

atizando el fogón, soplando las brasas como si nada pasara. Desde mi cuarto del desván los oía chillar. Siempre llovía. Sus gritos llegaban mezclados con el ruido de la lluvia. No morían pronto. Su agonía se prolongaba interminablemente. Yo pasaba todo ese tiempo encerrado en mi cuarto con la almohada sobre la cabeza, pero aun así los oía. Cuando despertaba, a medianoche, volvía a escucharlos. Nunca supe si aún estaban vivos, o si sus gritos se habían quedado dentro de mí, en mi cabeza, en mis oídos, fuera y dentro, martillando, desgarrando todo mi ser.

A veces veía cientos de pequeños ojos pegados al cristal goteante de las ventanas. Cientos de ojos redondos y negros. Ojos brillantes, húmedos de llanto, que imploraban misericordia. Pero no había misericordia en aquella casa. Nadie se conmovía ante aquella crueldad. Sus ojos y sus gritos me seguían y, me siguen aún, a todas partes.

Algunas veces me mandaron a comprarlos; yo siempre regresaba sin ellos asegurando que no había encontrado nada. Un día sospecharon de mí y nunca más fui enviado. Iba entonces la cocinera. Ella volvía con la cubeta llena, yo la miraba con el desprecio con que se puede mirar al más cruel verdugo, ella fruncía la chata nariz y soplabla desdenosa.

Su preparación resultaba ser una cosa muy complica-

da y tomaba tiempo. Primero los colocaba en un cajón con pasto y les daban una hierba rara que ellos comían, al parecer con mucho agrado, y que les servía de purgante. Allí pasaban un día. Al siguiente los bañaban cuidadosamente para no lastimarlos, los secaban y los metían en la olla llena de agua fría, hierbas de olor y especias, vinagre y sal.

Cuando el agua se iba calentando empezaban a chillar, a chillar, a chillar... Chillaban a veces como niños recién nacidos, como ratones aplastados, como murciélagos, como gatos estrangulados, como mujeres histéricas...

Aquella vez, la última que estuve en mi casa, el banquete fue largo y paladeado.

*Fin*

*De Cuentos reunidos (2009)*

## LA AUTORA

**Amparo Dávila** (Zacatecas, 1928 - Ciudad de México, 2020). Escritora, ganadora de importantes premios literarios en su país. *Tiempo destrozado*, *Música concreta* y *Muerte en el bosque* son algunos de sus títulos más conocidos. Temas como la locura, el peligro y la muerte, generalmente relacionados con protagonistas femeninas, son recurrentes en su obra.

